



## Capítulo 4

# Homenaje a Anna Maccagno

I Simposio sobre la escultura peruana del siglo XX



Facultad de Arte de la Pontificia Universidad Católica del Perú  
Fondo Editorial 2003

Primera edición: enero de 2003

*Homenaje a Anna Maccagno.  
I Simposio sobre la escultura peruana del siglo XX*

Copyright © 2003 por el Fondo Editorial de la  
Pontificia Universidad Católica del Perú  
Plaza Francia 1164, Lima I  
Teléfono: 330-7410 / 330-7411  
Telefax: 330-7405  
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño gráfico: Fondo Editorial de la PUCP  
Impresión: Tarea Asociación Gráfica Educativa

Derechos reservados, prohibida la reproducción de  
este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 150105-2003-0258  
ISBN: 9972-42-524-X

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## Esculpiendo escultores

*¿Quién es Anna Maccagno? ... artista sobresaliente, maestra de maestros, pilar (¿de acero o piedra?). Flores y más flores. "Tonterías", diría ella. Anna Maccagno es una Maestra de 71 años. Enseña escultura en La Católica. Directa, clara, amiga. Ama enseñar escultura a sus alumnos. Moldea. Tiene un "tajo" (¿seré irreverente?) en su palma derecha que se lo hizo la vida.*

«Me gusta pensar en una escultura en metal por la luz, pero tengo el vicio de la piedra. Si comienzo a trabajar la piedra, no me muevo de allí hasta cuando no estoy molida; mi mano, mi brazo, mi cintura».

«Cuando enseño a mis alumnos me siento más realizada que en cualquier otro momento. Yo he sacrificado mucho mi obra personal, en aras de la enseñanza. Porque aquí estoy a tiempo completo; no he renunciado, hago lo máximo de horas de enseñanza y así entiendo lo que se hace. Pero para mí lo importante es la proyección de esos jóvenes que se van formando, con los cuales se tiene un tipo de comunicación que no se tiene en otro tipo de enseñanza, y es interesante verlos después surgir como artistas, madurar, conservar la amistad, naturalmente, sin forzar nada. Yo sigo viéndome con toda la gente que ha estado conmigo y que hoy puede tener cómodamente 45 o 50 años».

«He trabajado siempre cosas muy grandes. Temas religiosos por pedido, no exactamente por ser mi forma de expresarme, porque también hay algo de lo abstracto que me gusta. Por ejemplo, en la Iglesia de Balconcillo, hay una virgen de acero inoxidable en la fachada. Esa fue una de las primeras obras grandes que hice. Luego, todas las obras escultóricas de la Iglesia de San Antonio de Padua en San Felipe son mías (me han dicho que han pintado una de ellas, voy a matar al sacerdote). También hay una en Jesús Obrero...»

«Soy creyente y, en un cierto sentido, liberal en mi forma de creer. Yo hago realidad lo que siento. Lo voy a explicar: el último trabajo que hice (son tres años, allí me malogré un tendón y por el momento no puedo trabajar), ha sido un gran mural en un santuario en

Ecuador. Me lo encargaron. No sabía cómo hacerle comprender al Obispo que yo no iba a hacer nada figurativo, aun cuando fuera un muro que me encargó de peregrinaje, de turismo en un sitio donde parece que hubo un milagro en 1700. Al final aceptaron lo no figurativo. Y para mí era sencillamente música, un ritmo musical. Le expliqué que si él quería podía interpretarlo como un himno a la Virgen: para mí era música. Y la música, para mí, es una forma de levantar el espíritu, de sentir algo noble, por lo tanto la figuración en sí misma no es lo que me interesa. Me gusta el retrato, quiere decir que no niego lo figurativo. Pero si quiero interpretar algo lo interpreto como yo quiero. En la catedral de Paita, por ejemplo, hice un mural de plata de cuatro metros por cinco. También es abstracto. Y lo lindo fue que cuando estaba armado allí, encima de un andamio tenía que treparme como sea. Vino un indiecito del desierto de Sechura caminando y llegó allá, vio esa cosa que estaba luciendo y le impresionó el brillo de la plata. Y me preguntó *¿estos son los cactus del desierto, verdad?* En mi vida había escuchado eso. Me hizo una gracia este hombre primitivo, veía algo que a él le gustaba ver».

«Siempre tengo proyectos, en el sentido que ahora me estoy rehabilitando de la mano, después de la operación. Un corte muy bien hecho dentro de la línea de la vida. Pero tengo que recuperarme. Pienso trabajar alguna cosa dentro de las proporciones mínimas que me permite mi fuerza.

Nosotros somos como los cantantes. Llega una edad en que tenemos que resignarnos, retirarnos. Hacer cosas chicas como el cantante de ópera lírica, que tiene que retirarse honestamente para no cantar con gallitos. Y también llega un momento en que a nosotros nos abandona nuestra fuerza física».

«Yo trabajaba 10 horas diarias en piedra, en metal, en madera, en lo que sea, con motosierra, con un disco de corte, con una lija u otro instrumento fuerte, sin cansarme. Pero ya no. Eso es menos pesado para mí porque tengo la docencia como prioridad en el sentido que es mi vocación. No se puede hacer así no más. Tengo 25 años de enseñanza».

«Llegué a la docencia de forma casual. El Profesor Winternitz, que fue mi maestro, fue a visitarme y me dijo que necesitaba un profesor de escultura. Yo no quería (era más egoísta de lo que uno puede ser con la edad). Me agarró una vez que vino a visitarme cuando tenía una bronquitis con fiebre alta, y en esas condiciones me hizo prometer que algún día, alguna hora, iba a dar cursos. Comencé con cuatro o cinco horas a la semana y poco a poco he ido creando el taller de escultura. Me he ido entusiasmando, no sólo por hacer una cosa nueva sino por cuánto le podemos dar a nuestro prójimo cada uno con lo que tenemos. Porque uno puede decir, yo soy generosa, doy una limosna por aquí, adopto un niño por allá, recojo al perro vago, hay muchas formas de ser altruista. Pero cada uno tienen una verdadera vocación adentro. No puede tener otra. Años estoy aquí, a tiempo completo, como digo yo, cama adentro».

[La Tortuga, 1990]